



Ayer y hoy de las humanidades en la cultura occidental

Past and Present of the Humanities in Western Culture

■ Antonio Fontán

■ En el universo de la cultura y de la educación se entiende actualmente por "Humanidades" el conjunto de saberes integrado por la historia, la filosofía, las lenguas clásicas y modernas y sus literaturas y las artes, y quizá también la geografía. Es decir, el racimo de disciplinas nacidas y desarrolladas en los mejores momentos de la llamada civilización occidental. El estudio de esas materias no conducirá a los escolares al pasado, sino que los situará en el mundo en que han de vivir y les enseña quiénes son, de dónde vienen y adónde se dirigen sus vidas.

Estas Humanidades no deberían dejar de estar presentes desde los más elementales niveles de la educación hasta las puertas mismas de la preparación, universitaria o no, para la vida profesional. (Se entiende que en cada grado de enseñanza han de ser distintos los contenidos, las formas y la pedagogía de estas materias.)

Un hombre tan sabio como San Agustín decía que las primeras escuelas y sus maestros debían tener como objetivo que los niños aprendieran a leer, escribir y contar (*legere, scribere, numerare*) y que no había que pedirles más. Después vendrían en su momento la gramática, con la que aprendían científicamente, por así decir, su propia lengua, la retórica que les enseñaría a expresarse y la dialéctica, o ciencia del pensamiento.

Desde los siglos en que se empieza a forjar esa civilización occidental, cuyos cimientos se asentarían sobre las ruinas culturales del mundo romano, hasta el siglo XVIII, la disciplina axial en las escuelas —y universidades— de Europa era el latín, la lengua de la que había dicho el filósofo español Luis Vives que era el "sagrado archivo de la cultura" —*sacrarium eruditionis*— y que Carlos V quería que le enseñaran al joven príncipe Felipe.

Ahora, las cosas, la sociedad y la vida, e incluso la cultura, son de otra manera y a nadie se le ocurre pensar que todos los estudiantes han de ser "buenos latinos" como debería serlo su

El autor es profesor emérito de Filología clásica de la Universidad Complutense de Madrid (España), periodista y político. Fue presidente del Senado, ministro de Administración Territorial y dirigió el diario *Madrid*, desde su renovación en 1966, hasta que fue clausurado por el gobierno de entonces en noviembre de 1971.

hijo, según escribía en carta al emperador Don Luis de Zúñiga, a quien había confiado la educación del príncipe, si bien aduciendo para ello más razones políticas que culturales. "Tengo por muy principal en un príncipe, decía Zúñiga, ser buen latino, así para saberse regir a sí como a otros, especialmente quien espera tener debajo de sí tanta diferencia de lenguas". Carlos V estaba de acuerdo con estas ideas del fiel *educator* de Felipe también por razones políticas, pero distintas y más prácticas, más de *realpolitik*, que las del ayo. Porque pensaba que así su hijo podría hablar directamente con los embajadores de otros reyes sin tener que recurrir a intérpretes, evitando así posibles indiscreciones.

Los príncipes, salvo quizá Enrique VIII, no fueron muy latinos. El rey inglés leía el latín y, antes de romper con Roma, suscribía algún documento como el escrito contra Lutero en defensa de los siete sacramentos de la Iglesia, que le había preparado Luis Vives. Pero a hablarlo no se atrevía. En la audiencia al embajador polaco Juan Dantisco, que, de parte de su rey, le pedía en un discurso latino una alianza o ayuda efectiva frente a los turcos, encargó a Tomás Moro, que estaba allí de pie al lado de su soberano, que contestara, también en latín para que se enterara el polaco, y que le dijera bien claro que los intereses de la corona inglesa iban por otro lado y que los turcos quedaban muy lejos de Inglaterra.

Pero si en los primeros siglos de la modernidad los príncipes no eran muy latinos, los sabios sí lo eran. En el XVII Bacon, Grocio, Descartes, Spinoza, Hobbes, igual que Suárez y Mariana, escribían sus obras en latín para que circularan por toda Europa y fueran leídas por los estudiosos. Todavía en el siglo XVIII hacía lo mismo el filósofo y científico alemán Leibniz (1646-1716), mientras que los *Principia mathematica*, que probablemente fue la más importante obra del gran revolucionario de los saberes matemáticos y de las experiencias físicas, el inglés Isaac Newton (1642-1727), el Einstein de su siglo, conocieron tres ediciones latinas antes de ser traducidos al inglés en 1729, dos años después de la muerte del autor.

El debate del humanismo

El primer gran debate pedagógico sobre si la educación debía ser humanística o de un carácter más "práctico" tuvo lugar en Alemania a principios del siglo XIX. Aunque la cuestión se había planteado unos decenios antes al hilo de los novedosos ensayos de un oscuro pedagogo hamburgués del siglo XVIII, que se llamaba Johann Bernhard Basedow (1723-1793). Probablemente por influencia del *Emilio* de Rousseau e inspirado por ese libro, Basedow había establecido en la ciudad sajona de Dessau un centro de enseñanza orientado a los saberes prácticos, a la familiaridad con la naturaleza y a lo que siglo y medio después se llamaría "lecciones de cosas". Haría falta para ello una cierta formación en ciencias matemáticas y físicas y en las técnicas de ellas derivadas, pero sobraban griegos y latinos. A este centro su fundador, con gran pedantería, le puso nombre en griego (¡sic!) y le llamó *Philanthropinum*, algo así como "amor al hombre". El instituto de Dessau no fue un éxito, sino más bien lo contrario, pero

dio lugar a la creación de otras escuelas con el mismo nombre que tampoco duraron mucho pero tuvieron influencia. La filosofía pedagógica que inspiraba estos centros era hacer el aprendizaje fácil y atrayente, *philanthropinamente*, o sea, "con amabilidad". Hay estudiosos que creen que este proceso alemán tuvo algo que ver con experiencias pedagógicas posteriores, como las del suizo Pestalozzi.

Frente a esta doctrina de los "filantropinistas" se alzó la defensa de los partidarios de la educación humanística. En el curso de esa polémica fue cuando se inventó una palabra nueva, de manifiesta estirpe latina, que en el siglo xx y en los pocos años que llevamos del xxi se lee y se oye en todas las lenguas y en boca de todo el mundo, "humanismo", en alemán *Humanismus*. Con esta voz se designaba la pedagogía entonces tradicional de la escuela "humanística", cuyo eje doctrinal y práctico seguían siendo las lenguas y en primer lugar la latina.

Toda esta disputa y esta historia no es un capítulo de arqueología pedagógica, sino que tiene algo que ver con problemas y discusiones políticas y educativas de ahora. Hay algo implicado en la filosofía inspiradora del "humanismo" que sigue siendo actual y sigue mereciendo nuestra atención. La escuela tiene que pedir a sus alumnos esfuerzo, si ha de ser verdaderamente educadora e instructiva. Algunos de los proyectos de organización de la enseñanza de los escolares pueden ser nocivos y de corta duración, como parece que fue el "filantropinismo" de finales del xviii alemán.

Quizá una de las razones que explican el pasajero, pero efectivo éxito, de aquella "nueva pedagogía alemana" pudo ser de naturaleza política y no dejó de producir resultados saludables. No por obra de la pedagogía de Basedow o de Rousseau, sino por la política educativa de Federico II de Prusia. Pero sin que se produjera una crisis o un retroceso de la educación humanística, a cuya presencia e influencia deben el pensamiento y las letras alemanas sus mejores monumentos en ese final del siglo xviii y principios del xix.

En la Alemania en que Goethe (1749-1831), Kant (1734-1804) o Hegel (1770-1832) se hallaban en plena producción intelectual y literaria, los autores griegos y romanos constituían un referente principal —por no decir imprescindible— como depósito de modelos y de estilo para la propia lengua germana. El estudio y el cultivo de esos clásicos antiguos eran una manifestación de "humanismo". Lo que habían sido la *paideia* para los griegos, la *humanitas* de Cicerón en Roma y los *studia humanitatis* a principios de la Edad Moderna, todo eso era para los escritores alemanes el "humanismo" del que se empezó a hablar entonces. Su influencia en la lengua de los grandes autores y pensadores de la época contribuyó a sus grandes obras, que tanto ayudaron a unir a los pueblos germanos, políticamente divididos en reinos, principados, ciudades libres y otros señoríos, con los vínculos intangibles y estrechos de la comunidad de lengua y de cultura.

Quizá por influencia de Federico II de Prusia, e incluso por el modernizador reformismo de los Habsburgos austríacos, se había promovido en no pocos de los estados germanos la voluntad política de extender la educación a las diferentes clases sociales, de modo que las nuevas generaciones alemanas llegaran a poseer un mayor conocimiento tecnológico de base cientí-

fica, con la consiguiente mejor preparación para contribuir con su trabajo al progreso económico de la nación. Los jóvenes alemanes deberían recibir en toda la medida posible una formación generalista en los niveles de lo que después se entendería en toda Europa por enseñanza media. Esos estudios no habrían de estar orientados necesariamente a las futuras profesiones de nivel universitario, por lo que su centro pedagógico preferencial no tendría que residir en las Humanidades, sino en el estudio de la naturaleza, en las ciencias aplicables, en las técnicas de la observación y en el adiestramiento incluso manual. No *wörter* (palabras), sino *sachen* (cosas).

Las Humanidades en la educación de hoy

A lo largo de los siglos XIX y XX —sobre todo en este último— se han logrado grandes avances en casi todos los países occidentales en la educación, hasta acabar con el analfabetismo y establecer una generalización de la enseñanza en todos los niveles, desde la infancia a la mayoría de edad. También en España. Los políticos y los gobiernos parecen haberse convencido de que la inversión en cultura es la más rentable social y humanamente —y también en el orden económico— de las que puede hacer un estado. Las cuestiones todavía no resueltas de modo satisfactorio en un país como el nuestro son los contenidos y la filosofía. En ambas cuestiones las leyes y los planes de estudio se encuentran con el gran tema de las "Humanidades", o, más precisamente, el de las nuevas "Humanidades" para España.

No hay duda de que el eje de las disciplinas humanísticas ha de ser la lengua. Lo cual quiere decir que la principal de las materias en las escuelas españolas desde la enseñanza preescolar hasta la superior ha de ser la lengua española o castellana, incluso en los territorios o regiones con una lengua propia que sea lengua de cultura. No sólo por su universalidad, sino por su ininterrumpida historia literaria, que de hecho no han tenido las otras lenguas de nuestra nación. Decir, hacer o practicar otra cosa sería engañar a las nuevas generaciones a las que la escuela tiene que servir. El catalán, por ejemplo, es una hermosa lengua histórica y una riqueza de la cultura nacional. Pero no se puede ignorar que desde Ausias March (siglo XV) a Verdaguer (siglo XIX) no ha conocido una gran literatura, mientras que en ese vasto lapso temporal los grandes poetas y escritores en lengua castellana se cuentan por centenares, muchos de ellos catalanes.

La lengua que debe estudiarse y practicarse en la escuela es la actual. En los últimos cien años son muy numerosos los buenos autores castellanos y —algo muy importante y que puede facilitar el trabajo de escolares y maestros— abundan también los periódicos bien escritos en esa lengua.

El estudio de la lengua nacional en el bachillerato, por mutilados en tiempo y contenidos que haya quedado en los planes que ofrecen las autoridades de Educación, implica también necesariamente el del latín, de la que procede y que además sirve de puente para todo el

mundo clásico, que es el fundamento histórico de nuestra cultura. A veces uno se pregunta qué puede entender visitando un museo u hojeando las ilustraciones de un libro alguien que, con todo su bachillerato a cuestas, sin embargo, no conozca nada de los mitos griegos, de los hechos de Roma o de la religión cristiana, que son asuntos que forman parte de nuestra propia vida.

Las otras dos columnas de la cultura humanística, junto con la lengua, son la historia y la filosofía. Una mujer o un hombre que no tenga una cierta familiaridad con ellas no sabe qué es y que ha sido su país, patria de sus mayores, ni qué y quién es el hombre ni el mundo que le rodea.

Las ciencias físicas y naturales, y hasta las más avanzadas tecnologías informáticas, son creaciones e invenciones de la humanidad moderna y, sobre todo, contemporánea, cuyas raíces se encuentran en la racionalidad griega, de la que son componentes capitales la vocación experimental de la medicina jonia —empezando por Hipócrates— y las técnicas de observación de la naturaleza y de clasificación de los hechos y del funcionamiento de la mente humana de Aristóteles. Y todas las organizaciones políticas de los estados, tanto democráticas como autoritarias o imperialistas, tienen sus orígenes y primeras realizaciones en la historia romana.

Todo ello es el fundamento de la cultura occidental, hasta la que han llegado junto con la concepción del hombre por los caminos de la filosofía y de la historia a través de la intermediación cristiana.